



Gerardo Gutiérrez Candiani



Caos de aranceles en un tiempo de caos

El presidente de Estados Unidos se echó para atrás en la imposición de aranceles generalizados de 25% a México y Canadá. Firmó el decreto con entrada en vigor el 4 de marzo y, tras una fuerte reacción de los mercados, apenas un día después lo suspendió hasta el 2 de abril. Es la segunda vez que hace esto, pero esta vez es más significativo.

Para el mundo entero, pero más aún en México, es fundamental seguir lo que está ocurriendo en Estados Unidos: la coyuntura sui géneris, sin duda decisiva, que vive su economía y, más importante aún, su democracia.

El paso atrás de Donald Trump, pero sin recular en la retórica de amenaza e intransigencia, está generando crecientes temores de que su política económica, sobre todo con las guerras comerciales que puede detonar (ya las hay con China y Canadá), lleven Estados Unidos a una estanflación o inclusive a la recesión. Lo contrario a la "era dorada" que prometía, empezando por "hacer a América accesible de nuevo".

Por lo pronto, ya provocó un lunes negro en los mercados directamente asociado a una declaración de que una recesión era probable, como mal necesario de sus promesas de grandeza.

Wall Street no está de acuerdo: tuvo su peor día del año, con el índice S&P 500 cayendo 2.7%, borrando todas las ganancias obtenidas desde las elecciones del 5 de noviembre. Más afectado aún, el Nasdaq, ya en terreno de corrección (cuando hay baja de 10 a 20 por ciento desde el máximo más reciente), cayó un 4% adicional.

A fines de 2024, los grandes grupos financieros apostaban, en sus proyecciones, a otro año de fuertes ganancias, con inflación y tasas de interés a la baja, potentes motores de inversión como la inteligencia artificial y un nuevo gobierno pro negocios. Tal vez se pensó que se podía pedir a la carta del menú electoral heterodoxo de Trump: sí desregulación y menos impuestos; no a los aranceles, que, sin embargo, han sido "el saque" del presidente.



El caso es que, ahora, Wall Street Journal publica en primera plana que “Wall Street teme que Trump arruine el aterrizaje suave”. Es decir, al objetivo de la Reserva Federal, y de la administración de Joe Biden en su segunda mitad, de abatir la inflación con la amarga medicina de elevar las tasas o costo del crédito, pero sin provocar una recesión.

Para México, el riesgo no solo continúa: aumenta. A la amenaza arancelaria hay que añadir la de una recesión. Justo cuando aquí ya estamos cerca de una de factura mayormente interna.

Por el lado positivo, como en los mercados financieros, estamos viendo, por decirlo de algún modo, “de qué pie cojean” su empoderamiento y, en concreto, la amenaza arancelaria.

Como dijo en su programa “The Last Word” Lawrence O’Donnell, influyente presentador liberal, es probable que, a pesar de la imagen de dureza que quiere proyectar, Trump ha dado marcha atrás a decisiones más veces que cualquier otro presidente de Estados Unidos.

Por un lado, cuando un amago reiterado no se cumple, inevitablemente pierde efectividad, o bien los afectados, en este caso principalmente México y Canadá, llegando al hartazgo, dejan el miedo para tomar decisiones. Por otro, más estadounidenses están asimilando el costo de la guerra arancelaria, “la más tonta de la historia”, según el Wall Street Journal: cuentas más altas del súper mercado, empleos perdidos, empresas golpeadas.

Los mercados están votando en contra vendiendo acciones, comprando bonos u oro o incluso acumulando efectivo. Los economistas, recordando los efectos de la Ley Smoot–Hawley de aranceles, considerada entre las causas que recrudecieron la Gran Depresión en los años 30.

Políticos demócratas y republicanos, lo mismo que empresas y cámaras, saben que son ilegales: por ley, estas medidas son competencia exclusiva del Congreso, excepto por razones de seguridad nacional, que no se cumplen por los argumentos expuestos del tráfico de fentanilo o migración salvo estirando demasiado la subjetividad. Más aún, el mismo Trump ha declarado frecuentemente que es una manera de abatir los déficits comerciales y de generar ingresos para compensar los recortes de impuestos que propone, lo cual es un sinsentido. Todo esto es una confesión involuntaria.

Igualmente, se sabe de la violación de los términos del TMEC, que el propio Trump impulsó y firmó en 2020, calificándolo como el mejor acuerdo comercial de la historia.

Desde este lado, corresponde actuar por los intereses de México con estrategia y, al mismo tiempo, con resiliencia y capacidad táctica.



Aun si los aranceles nunca llegan a aplicarse, la incertidumbre, que puede durar todavía mucho tiempo, ya está teniendo un costo altísimo para nuestra economía en términos de inversiones y decisiones de las empresas.

Efectivamente, como ha dicho la Presidenta Claudia Sheinbaum, es probable que México se salve de estos aranceles, ya que Trump ha anunciado que en abril impondrá tarifas recíprocas a todo el mundo: aquí, en términos del TMEC, prácticamente no las hay.

Sin embargo, no perdamos de vista que estamos ante un cambio de fondo en el panorama internacional y en la relación bilateral.

Efectivamente, hay una regresión o pausa en la globalización comercial, y en Estados Unidos, adonde va más de 80% de nuestras exportaciones, buena parte de la población y los políticos, republicanos y demócratas, apoyan al proteccionismo.

El gobierno de Trump apenas inicia y son cuatro años de “primero Estados Unidos”: esto implica incentivos y presiones a empresas, estadounidenses y de todo el mundo, para que inviertan en su país, y no en México.

El nearshoring, la gran oportunidad, está en pausa y en vilo. México debe tomar decisiones para reactivarlo o darle viabilidad, según las nuevas condiciones, con políticas económicas sensatas.

No podemos desactivar la incertidumbre de la caótica situación política en Estados Unidos. Sí podemos generar más certidumbre para la inversión y la actividad económica en México en áreas donde la confianza se deterioró: seguridad pública, Estado de derecho, energía, equilibrio fiscal.